

José Hortega (1703-1761).
La peripecia vital e intelectual de un boticario ilustrado

ANTONIO GONZÁLEZ BUENO Y ROSA BASANTE POL
Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2015, 279 pp., ISBN: 978-84-940491-0-1.
Disponible en: http://iemadrid.es/monograficos_iem

Imagino que no hay muchas profesiones en España que puedan vanagloriarse de haber conseguido un estatus universitario y científico a partir de unos orígenes humildes. La Farmacia es una de ellas. Se hizo un hueco dentro del selecto grupo de estudios que formaron parte del "Plan Pidal" (1845); sin embargo, desde principios de siglo ya existían Colegios de Farmacia con enseñanzas regladas y contenidos científicos -químicos, botánicos y mineralógicos, esencialmente- que dieron por finiquitado el viejo modelo gremial, responsable del gobierno de la Farmacia y de la formación de los futuros boticarios desde que las profesiones de Medicina y Farmacia separaran sus actividades en la Edad Media. Esta nueva manera de entender la profesión farmacéutica fue larvándose a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, gracias a la necesidad de incorporar nuevas herramientas científicas a un quehacer que, de manera tradicional, había estado ligado siempre al comercio y a la práctica artesanal de carácter empírico.

José Hortega falleció en 1761, cuando apenas se empezaban a vislumbrar estos nuevos tiempos de progreso para la Farmacia, pero su legado fue muy importante, en gran medida personificado en su continuador, su sobrino Casimiro Gómez Ortega, quien acabaría llevando esta profesión a un nivel de notoriedad científica nunca visto hasta entonces en España. Sólo en este contexto puede entenderse el comentario de Andrés Piquer en boca de José Nebot: "Nos admiramos de que un boticario escriba tan bien y de indicios de tan buen gusto". No es ni mucho menos despectivo hacia la profesión farmacéutica, simplemente es la constatación de que era un colectivo intelectual y culturalmente poco formado. Por eso tampoco deberíamos extrañarnos que Antonio González Bueno y Rosa Basante Pol, autores de esta biografía sobre José Hortega, lo califiquen de "personaje prácticamente ágrafo". Su obra escrita es muy escasa, como luego comentaremos, y su estilo literario, en opinión de algunos autores como Tomás García Suelto o Francisco Antonio Zea, dejaba mucho que desear: "No hay (...) un solo rasgo que pueda llamarse oratorio: no hay calor, ni movimiento, ni vida: todo es inanimado".

A pesar de sus limitaciones, José Hortega fue uno de los boticarios más influyentes de la España ilustrada; en palabras de los autores de esta imprescindible biografía, "en él confluyen buena parte de las características definitorias del programa reformista: un servidor del Monarca, desde el campo de batalla y desde la tertulia cortesana, que asume un marcado protagonismo en la búsqueda de una nueva estructura profesional y científica, (...) y que empleará la Ciencia, en particular la Botánica y la

Química, para propiciar los necesarios cambios en los ambientes profesionales y culturales en los que se desenvuelve. Un gestor de instituciones (...) Un comprometido defensor de los intereses del país, que supo mirar más allá de la realidad peninsular y alentó -y coordinó con mano férrea- la exploración de la naturaleza americana".

Ya conocíamos a este personaje por algunos trabajos anteriores a éste, sobre todo los debidos a Rafael Folch Andréu y Javier Puerto Sarmiento. Y precisamente por eso, sabíamos que fue un farmacéutico muy importante, que merecía un estudio en profundidad. Estamos de enhorabuena porque este texto sobre José Ortega, esta "peripecia vital e intelectual de un boticario ilustrado", no es sólo una biografía, se trata de una aportación fundamental para poder entender la historia de la farmacia española durante la Ilustración. Esta monografía nos ofrece nuevas lecturas y matiza algunas afirmaciones que, hasta ahora, han imperado en la historiografía; y, como es norma habitual en sus autores, está realizada con gran rigor metodológico y exquisito tratamiento de las fuentes documentales. La lista de archivos consultados es extensa y de calidad: Archivo Parroquial de Añover de Tajo, Archivo del Real Jardín Botánico, Archivo Histórico Nacional, The Linnean Society (London), Archivo Histórico de Protocolos Notariales, Archivo de la Real Academia Nacional de Medicina, Archivo de la Real Academia Nacional de Farmacia, Archivo de Simancas, Archivo General de Indias, Archivo General de Palacio, etc.

Tras un breve capítulo dedicado a los primeros años en su pueblo natal, Añover de Tajo (Toledo), Antonio González y Rosa Basante nos acercan a los pormenores de su actividad profesional en la botica de su propiedad, ubicada en la madrileña calle Montera. Este epígrafe es especialmente interesante, por cuanto, gracias a los inventarios realizados tras su fallecimiento, nos permite visualizar, con todo lujo de detalles, cómo eran las farmacias acomodadas del siglo XVIII. Se trataba de un inmueble de tres plantas, además de sótano (almacén y laboratorio) y desván, con seis alcobas y otra más destinada a los mancebos de botica, cocina, biblioteca, gabinete de historia natural, patio, rebotica y botica, además de otras dependencias. Los autores también nos proporcionan datos sobre la decoración y equipamiento de la casa (cortinas, colchones, manteles, tapices, cuadros, objetos de plata y de loza, vajilla, etc.), y sobre los medicamentos y utensilios farmacéuticos necesarios para el ejercicio de la profesión (botamen, morteros, alambiques, baños de María, marmitas, cedazos, embudos, redomas, retortas, matraces, botellas, balanzas, etc.)

En el capítulo titulado "Un boticario y su Colegio" se relata, con detalle y precisión, el proceso de creación del Colegio de Boticarios de Madrid a partir de la Congregación de Nuestra Señora de los Desamparados y del Glorioso Evangelista de San Lucas. También el papel jugado por José Ortega, quien desempeñó cargos importantes en esta institución, en asuntos tan importantes como la aprobación de los Estatutos del Colegio en 1736 y su informe favorable por el Protomedicato, su implicación en el mantenimiento de privilegios para la elaboración de ciertos medicamentos, las prerrogativas para redactar la Pharmacopea Matritense o la polémica en torno a las

farmacias de religiosos, con un enfrentamiento subyacente con el Protomedicato por el control de la profesión. El Colegio de Boticarios de Madrid nació con fines científicos pero, tal y como señalan los autores de este libro, "no hemos de llevarnos a engaño, tras estas remozadas formas ilustradas, que tanto recuerdan las estructuras de las academias científicas, se encuentra la organización gremial heredada".

La Real Academia Médica Matritense, antecedente de la actual Real Academia Nacional de Medicina, se creó a partir de la tertulia que, de manera habitual, se celebraba en la botica de José Ortega. En este capítulo se nos explica cómo se fundó esta institución a partir de una "Tertulia Literaria Médico-Chymica Phisica" creada con anterioridad, de la que José Ortega fue secretario. También lo fue de la nueva Real Academia Médica Matritense, incluso llegó a dirigir la sección de Farmacia.

En "Al servicio del Rey" y "La Aventura Americana" se nos presenta al José Ortega cortesano, favorecido por su empleo como Boticario Mayor de los Reales Ejércitos y su puesto como subdirector en el recién creado Jardín Botánico de Migas Calientes. Su concurso fue fundamental para traer a España la Botánica de Linneo, sobre todo gracias a su contacto con Pehr Löfling, el discípulo enviado por el sueco a nuestro país para divulgar su obra. Ortega fue quien coordinó la participación de Löfling en la Expedición de Límites al Orinoco comandada por José de Iturriaga y, en última instancia, el depositario de los materiales botánicos pertenecientes a Löfling tras su fallecimiento en tierras americanas. También estuvo involucrado en los intentos por establecer en Madrid una Academia de Ciencias y un Gabinete de Historia Natural, un asunto que es tratado de manera muy sugerente.

En cuanto a su obra impresa, ya hemos comentado antes que fue escasa y no excesivamente bien valorada. Si exceptuamos su participación en el plan de redacción de la "Historial y Médica de España", un ambicioso y polémico proyecto emprendido por la Real Académica Médica Matritense, y tal vez alguna colaboración más, la única obra con la firma de José Ortega fue el *Elogio histórico del señor doctor D. Joseph Cervi...* (Madrid: Imprenta del Mercurio, 1748). El último capítulo, titulado "Un hombre de su tiempo", nos describe a un Ortega hipocondríaco, probablemente algo vanidoso y con una vida bastante burocratizada, entre escrituras, poderes y otros documentos; también sabemos que tuvo mujer e hijastra, y que dejó un testamento bien detallado, del cual también se ocupan los autores de este estudio. Finaliza el libro con una útil cronología del biografiado y una lista con las siglas utilizadas en el texto.

Esta monografía es una de esas aportaciones que ayudan a construir la historia de la Farmacia, esa que enseñamos quienes nos dedicamos profesionalmente a ello. Se trata, por lo tanto, de una obra de especial utilidad para docentes de la disciplina y, por supuesto, para investigadores del siglo XVIII, historiadores de la farmacia y amantes de la buena lectura.

Raúl Rodríguez Nozal
Universidad de Alcalá